

CONDICIONES

La Dirección no responde de los artículos que se publiquen en sección neutral, sólo dará la firma responsable, cuando lo exijan los Tribunales.

Artículos de interés general, á juicio de la Dirección, se publicarán gratis.

No se devuelven los originales.

LA UNION

PERIODICO BISEMANAL

OFICINAS:

Dirección y administración
Calle 3ª, Sur
Ap. de correos: N° 560.
Dirección telegráfica:
Unión.

PRECIOS:

Suscripción mensual ₡ 0.50
Avisos y comunicados,
precios convencionales.

Año II

San José, Costa Rica, domingo 11 de febrero de 1906

Número 170

LA UNION

Director.

CARLOS M. JIMENEZ

DISCURSO

pronunciado por el R. P. José Manuel Quirós, S. J., en el acto solemne de la distribución de premios en la Universidad de Antioquia.

—o—

(Continúa)

La Biblia y la Naturaleza son la palabra de Dios, ha dicho el eminente Kurtz, y por tanto deben de estar de acuerdo; y si bien hay ocasiones en que este acuerdo, al parecer, no existe, no está el defecto en la Naturaleza ni en la Biblia sino en la crítica del teólogo ó en la exposición del naturalista.

Que la Geología explique de una manera ó de otra los días primeros del mundo, que la palontología complete las floras y las faunas grandiosas de los terrenos anteriores al nuestro; que la astronomía, con el inmenso poder de sus ecuatoriales y auxiliada por el análisis espectral, investigue la constitución de los cuerpos siderales y á través de las nebulosas vaya á perderse en las imponderables moléculas del éter; el gran libro que nos refiere el origen de la materia y de los organismos quedará muy por encima de todas las evoluciones de la tierra; la palabra de Dios nada tendrá que ver; con los debates de la ciencia humana; ni perderá un punto de su verdad infalible con la presunción de mal cimentados sistemas, ni con la audacia de quiméricas preocupaciones.

En cambio, señores, cuando oímos al positivista Augusto Comte manifestar "que elimina la hipocresía teológica tan pegradante cuando se ejerce

como opresiva para el que la sufre; y más aún la hipocresía metafísica más enojosa y menos excusable", preparémonos á ver mezquinas conclusiones. Esa moda ridícula y esa manía tan bien calculada de suprimir las ciencias que estorban, con el fin de tener razón, es un juego de niños que consiste en cerrar los ojos para negar la presencia de objetos que mortifican, ó en fingirse ellos dormidos para desoír la voz que no les conviene oír.

No se ciñe, señores, la escuela cristiana al pequeño recinto de un laboratorio para fabricar verdades, ni sólo recibe los rayos de luz que pasan á través de reducidos microscopios. El campo de sus investigaciones es inmenso; las armas de que ciñe á sus soldados para las conquistas del bien intelectual son armas de buena ley.

La fe católica admite con humildad las ciencias que la rechazan, y estudia con preferencia los más renombrados sistemas del día, sin oponer á ninguno de los conocimientos humanos, la exclusión preconcebida con que se pretende herirla.

Roma, y quizá podría decirse lo mismo de los grandes centros del saber cristiano, ha fundado cátedras de ciencias naturales; estudia concienzudamente los descubrimientos modernos y examina las enseñanzas de pasadas literaturas, para preparar noblemente un acuerdo definitivo entre los progresos del genio y la eterna inmutabilidad de su símbolo. La Iglesia de Jesucristo resuelve á satisfacción los más difíciles problemas dando á cada uno lo que es suyo, sin negar á la sabiduría humana el derecho inalienable de sus conquistas, y sin renunciar á los sagrados fueros que ella tiene como maestra infalible de la verdad. Y sin embargo, ¿dónde existe una academia de ciencias, que oiga con atención los oráculos de la revelación divina, y acate respetuosamente las conclusiones del pensamiento cristiano? ¿dónde están los naturalistas tan bien informados de nuestras más rudimentarias pruebas, como lo

estamos nosotros de sus más terribles objeciones?

Ni pretendemos decir que las ciencias materiales sean funestas en si mismas, sino que es menester que vayan acompañadas de una cultura filosófica y moral que pueda servirles de contrapeso. Prueba de ello es que, por punto general, los sabios más eminentes han sido religiosos, y en esos cerebros pensadores los conocimientos del espíritu y de la materia han marchado siempre acompañados y en el más perfecto paralelismo. Sin recordar nombres más antiguos, y talvez más ilustres, de sabios cristianos, Enrique Esteffens, Bischof, Hermann, Meyer, Andrés y Rodolfo Wagner, en Alemania; Pasteur, Brongniart, Ampère; Augusto Cauchy, Cuvier y Quatrefages en Francia; Chalmers, Hugo Miller, Davy, Buckland, Owen, James Richard y Eduardo Turner en Inglaterra y los Estados Unidos, pueden testificar ante el mundo contemporáneo, que lo que nos separa de la fe cristiana no es en manera alguna la ciencia de la naturaleza que poseemos, sino la ciencia de la religión que culpablemente ignoramos.

Y ¿qué explicación daremos, señores, al fenómeno singular de esos anatómicos ó calculadores del Siglo XX que hallan la impiedad y el ateísmo en los mismos estudios que arrancan á Galileo, á Kleper y á Newton sus actos de adoración? El fenómeno fácilmente se explica si se conocen los afectos de la educación incompleta. Es que la ciencia de criterio exclusivista, lo mismo que la ilustración superficial, toman por el conjunto de la creación lo poquísimo que conocen de ella; es que el exceso de carga que ponemos sobre un lado del cerebro, dejando el lado sin el contrapeso debido, hace que la balanza del juicio se incline forzosamente hacia un punto determinado.

Mr. Biot ha demostrado con la autoridad de su larga experiencia que las ciencias naturales sólo son religiosas cuando alcanzan un determinado grado de profundidad. El mundo contemplado con la mirada del al

ma conduce á la afirmación de Dios: no debe sorprendernos que estudiado con prescindencia del espíritu y de las leves de la buena lógica, nos conduzca á la deificación de la materia, ó á la negación de Dios.

Ni la piedad, ni la religión pueden ser obstáculos al progreso de la ciencia; los cristianos, señores, somos hijos de la luz, según la expresión de Jesucristo, y nada podemos tener de la misma luz; bajo su benéfica influencia tenemos que andar, y solamente á la obscuridad, de la ignorancia y al espíritu de las tinieblas reconocemos por enemigos. La fe, que nos abre el camino más directo para ver los eternos fulgores de la luz increada, no apaga ni amortigua los rayos luminosos que partiendo de la inteligencia limitada alumbran y vivifican el mundo de la materia.

Tenéis clarísima prueba de lo dicho en el virtuoso Roetgen, á quien no le impidió su fe de cristiano fervoroso dar con el secreto mágico de transparentar la materia con esos potentes rayos á que dió el modesto nombre de rayos X; no le estorbó á Copérnico su aureola de ministro del altar, para que fijara en la inmensidad del espacio su sistema planetario; ni le impidió á Secchi su religiosa y humilde sotana de Jesuita para que obligara al sol á revelarnos en su espectro los elementos químicos que atesora.

El abuso de las ciencias físicas, además de falsear las inteligencias las deprime; y lo que las inteligencias pierden en elevación, como lo que pierden en certeza, da la medida de su desviación en el orden de las creencias. No me digáis, señores, que bajo el imperio de tales preocupaciones se llevan á cabo importantes descubrimientos; porque yo os responderé que todo el ensanche que dais al horizonte de la tierra viene á ser una reducción para el horizonte de los cielos; vuestra ciencia comunicará al espíritu una multitud de pies para recorrer la línea de la materia; pero le cortará las alas para vogar por las regiones de la inteligencia; la humanidad irá adelante, progresará.

pero jamás será capaz de remontar el vuelo y de elevarse sobre sí misma.

(Continuará)

Noble propósito

Con verdadero entusiasmo damos cabida en nuestro periódico á la siguiente carta inspirada por el más puro altruismo y que merece nuestras calurosas felicitaciones.

San José, febrero 8 de 1906.

Señor don Carlos M. Jiménez

P.

Muy señor mio:

Numerosos niños de edad escolar se ven privados de los beneficios de la educación á causa de su extremada pobreza: por falta de ropa no van á la escuela, ó no asisten á ella con la debida puntualidad. El deber y la caridad no pueden quedarse indiferentes ante una miseria que constituye real amenaza para el porvenir moral y económico del país.

Obra de patriotismo es el mejoramiento de las condiciones de vida de los menesterosos, por parte de los capaces de intentarlo: por eso he pensado en la creación de una sociedad protectora de la infancia, que proporcione vestido á los niños sumamente pobres.

La cuota mínima será de cincuenta céntimos mensuales, siendo susceptible de elevarse hasta don de el socio quiera.

Espero que el fin humanitario y noble de mi propósito obtendrá la benévola acogida de Ud, y que podré contarle como un benefactor de los niños indigentes.

Con toda mi consideración, soy de Ud. atto. S.S

Lucas R. Chacón

Conozcamos nuestros derechos y nuestros deberes

La paz, me dices? No queréis turbar la paz? ¡Paz! Grata palabra; mas ¿quién no sabe que para la Iglesia no hay otra paz que la de Jesucristo? —Pero se objeta aún, ¿no sabéis con quien os las habréis de medir y no teméis? Si verdaderamente, temo, temo por los peligros que corre el mundo; temo por la responsabilidad que pesará sobre mí á causa de la complicidad de mi silencio. Temo en fin por el juicio de Dios.—Se añade: ¿Mas no hay reticencias permitidas, miramientos necesarios? Y yo respondo que la Iglesia no puede olvidar su misión esencial. Por lo tanto he ahí est: misión. Ministros

de la verdad, no os abstengáis de declarar lo verdadero".

(Cardenal Pie)

M. Guizot decía bajo el Imperio. "Nosotros no usamos de todas las libertades que tenemos". Nosotros también pensamos que en actualidad tampoco usamos de todos los derechos que se nos han conferido. De lo que hay falta, no es de textos sino de caracteres. No se acuse ya tanto á las leyes para no acusar á los hombres, y no se hable ya sin cesar de revisar las instituciones mientras no quiera uno corregirse á sí mismo.

(Luis Jouber)

Heredia, enero de 1906.

¡Honor al mérito!

Una noticia reciente, nos ha llenado de placer intenso. El cariño y gratitud ha vibrado en nosotros al saber que el querido Maestro don José Campabadal, cuya muerte deploramos de veras, haya sido objeto de distinción y de justo reconocimiento.

Con motivo del jubileo en honor de María Inmaculada, celebrado ha poco con espléndidas fiestas, se abrió en la Eterna ciudad de Roma, un concurso musical, para que todos los amantes eximios en el Divino Arte presentaran composiciones religiosas, mereciendo diplomas de honor aquellos que el tribunal juzgara dignos de aprobación.

El Maestro distinguido de los mejores músicos de nuestra República, don José Campabadal, artista de corazón y conocedor profundo en el arte de la música envió algunas de sus muchas composiciones, que el estro armonioso y delicado de su ingenio le inspiró. Presentó una *Ave María* y una *Salve Regina*, al juicio severo, imparcial y docto de los grandes maestros en el arte que integraban el tribunal examinador. Las dos composiciones del Maestro don José merecieron la aprobación del acto tribunal, premiadas con medalla y diploma de honor.

Hace unos días recibió el amigo Roberto, ese joven y modesto artista, cuyo genio musical comienza á fulgurar en el cielo radiante del arte, los honores tributados á su digno padre.

Satisfacción íntima causó esta nueva á su alma, pero mezclada á un tiempo con las dulces lágrimas del amor, fiel al recuerdo de su progenitor que no tuvo la dicha de ver en esta tierra, recompensada su incansable labor en el Divino Ar-

te. Así el tiempo se encarga de poner bien á las claras el talento de muchos grandes hombres, las más de las veces olvidados y tenidos en poco por sus coetáneos.

La distinción en bien del Maestro Campabadal, lo coloca en la alta cumbre á que sus méritos le hacían acreedor; ella habla en favor del genio del Maestro, en la música religiosa, precisamente en los actuales momentos en que la música sacra atraviesa una fuerte evolución que sopla del Vaticano mismo, la voz vibrante del humildísimo Pío X, sabio Restaurador de las cosas en Cristo.

Cábenos la honra de felicitar á la apreciable familia Campabadal, representada hoy por el amigo Roberto, cuya constancia en el trabajo y amables cualidades, le hacen digno del aprecio y simpatía de la sociedad cartaginesa que ve en él, al artista modesto, al esposo cumplido, al amigo sincero.

M. Z.

Cartago, febrero de 1906.

Grandeza humilde

Así comenzó su cuento el abuelito:

Las historias nunca son viejas. Se renuevan los personajes, pero siempre son idénticos, porque la naturaleza de los hombres no cambia. Los asuntos son iguales, porque el carácter de la vida permanece en el fondo inalterable. Los cuentos de ayer pueden también referirse á hoy. La leyenda del héroe salvaje, habitante de las cavernas lacustres, que en el bosque luchaba con las fieras sin más arma que el hacha de piedra, parece ahora, contada, cosa fabulosa y extraordinaria. No lo es. Es la novela del minero de hoy, pinto el caso, que baja á las entrañas de la tierra. En uno y otro, la lucha por la existencia pone temple en sus espíritus para afrontar la muerte sólo por vivir.

Por estas razones, en las historias que se leen y en los cuentos que se escuchan nadie debe fiarse en la edad.

Pues bien; mi cuento se remonta allende los siglos. Muchos años hace que reinaba un Monarca muy poderoso en un país lejano, allá donde nace el sol. No conozco su nombre, y no hace falta. De allí vinieron los hombres de raza blanca, nuestros remotísimos antepasados, á conquistar éstas tierras que ahora son grandes pueblos, los más civilizados del mundo. Quizá, andando también los siglos, allá vuelva el postrer ario, lejano descendiente nuestro, á vivir en las viejas grutas y á mirar el último sol que muere desde el propio lugar donde por primera vez se le vió salir cuando la luz se hizo y clareó el día.

Los dominios de este Monarca eran muy extensos. Lindaban con mares acá y era límite allá el desierto. Luego, por los otros dos extremos, las tierras de otros reinos se extendían infranqueables con límites que señalaban grandes ríos. La Naturaleza por lo general, demarca las fronteras de las naciones, así como diferencia los pueblos también por los caracteres de raza, de clima, de suelo, bajo la cohesión espiritual de comunes ideales.

Pensaba el Monarca de mi cuento hacer del suyo, antes de que lo sorprendiera la muerte, un pueblo grande y feliz, envidia de todos los de la tierra. Día y noche cavilaba intranquilo buscando el modo de realizar esta gran misión. Mas ¿cómo llevarla á término?

Decidió llamar los notables á su consejo. Y así fué.

Un día acudieron á la regia cámara príncipes de la sangre, la flor y nata de sus reinos.

Allí estaban los nobles de abuelengo con rancia alcurnia, siempre á la devoción de su Rey y llamados en todas ocasiones á su consejo.

Ya congregados, el Monarca hablóles. Puso en sus palabras un gran espíritu de justicia y un acento de celoso cuidado paternal.

—Quiero—dijo—hacer de mis Estados una nación grande y feliz. Decidme el camino que deben llevar mis propósitos. Porque me amáis y amáis á los míos, que es como amaros también á vosotros mismos, puesto que todos constituimos espiritualmente la patria, razones espero, consejos demando, y vuestros proyectos, mía fe, que serán mis empeños.

A nombre de los patricios de antiguo linaje habló el más viejo de ellos.

Señor, la grandeza de las naciones está en el mayor esplendor de su Corte.

—Contad vos con las arcas de mi Reino. Quedáis nombrado mi primer consejero.

Desde entonces comenzaron las fiestas magníficas en el palacio del Rey, el fasto y el lujo de su Corte. Reyes y Príncipes de otros países fueron invitados para que á sus tierras llevasen las nuevas de la grandeza que había maravillado sus ánimos. Se levantaron soberbios alcázares, y en ellos el oro y los mármoles brillaron en columnas y pórticos; las más ricas purpuras sirvieron para las vestiduras del regio cortejo. Bailes, torneos, justas, alegraron los días de la Corte. Los Reyes extranjeros venían y se iban ponderando la opulencia en que vivía nación tan espléndida.

Mas llegó un día triste. Temblando se presentó al Monarca el llavero celador de las arcas de su Reino. Se habían agotado los recursos. Los vasallos de sus extensos dominios, hambrientos, morían sobre los campos ó se apresuraban á traspasar las fronteras en jornadas de expatriación. La gran nación, pobre y mísera ahora se hundía.

Llorando, lamentó el Monarca. Quería de corazón un pueblo. Hizo llamar con toda urgencia nuevos consejeros.

Y vinieron los viejos caudillos

SUSCRIPCIONES PARA 1906

PRECIOS POR AÑO

Cosmos, semanal C.	14 00	Journal, New York, Soud Ed.	10 00
Courrier des Etats Unis, semanal	15 00	Lectures pour Tous, mensual	5 00
Economiste Francais, mensual	16 50	Nature [La], semanal	14 00
España Moderna, mensual	11 50	Nature, [The], London; semanal	16 00
Everybody's Magazine, mensual	5 70	Nicolas, St París, semanal	7 50
Fíguro Ilustré, mensual	23 00	Novedades, Las; semanal	20 00
Grand Magazine, mensual	5 00	Review of Reviews, New York; mensual	8 00
Hacendado Me j i c a n o, mensual	12 50	Review, North American, mensual	12 50
Hacienda [La] mensual	9 00	Revue, [La]; quincenal	15 00
Harper's Weekly, semanal	14 00	Revue des Deux Mondes, quincenal	30 00
Haper's Montl y Magazine, mensual	11 00	Revue Universelle, quincenal	11 00
Herald, New York; Sund. Ed.	10 00	Scientific American, con Suplemento, semanal	20 00
Herald, New York; Daily & Sund. Ed.	44 00	Sin Suplemento, semanal	9 00
Hojas selectas, mensual	5 50	El Suplemento solo, semanal	12 00
Hormiga de Oro, semanal	6 00	Edición española, mensual	7 00
Ilustración Española y Americana, semanal	25 00	Scribner's Magazine, mensual	8 00
Ilustración Artística	35 00	Semana Médica	7 00
Illustrated London News, semanal	21 00	Star & Herald, Panamá; bi semanal	8 00
Illustration, París, semanal	25 00	Theatre, Le; quincenal	25 50
Je sais tout, mensual	10 00	Times, Weekly Ed.	8 50
Journal d'Agriculture tropicale, mensual	12 00	Tit Bits, semanal	5 50
Journal of Tropical Medicine, quincenal	10 00	Vie Illustrée, semanal	12 00

cuyas armas de guerra nunca dejaron de estar al servicio y mayor prez del Monarca, su señor.

Hablóles como á los magnates.
Mi reino pelagra. Quiero remediar los males pasados y hacer del mío un pueblo grande y feliz.
—Señor [contestó uno], la grandeza de los pueblos está en la guerra, que ensancha los dominios territoriales por ley de conquista. Con el botín se reparará vuestra Hacienda.

—Llamad, pues, mis vasallos todos á las armas.

Se improvisaron grandes ejércitos que llamaron de la muerte. Al frente de ellos se pusieron los más celebrados caudillos, fieros en el pelear.

Al trote de los caballos de guerra, bien armados, los ejércitos marcharon á invadir los reinos vecinos, ávidos de conquistar toda la tierra.

Cuando á las fronteras llegaron, sonando los clarines y desplegadas al aire las flámulas, bien poco tardaron en aprestarse á la lucha las huestes que á la defensa nacional consagradas tenían los Reyes de los dominios comarcanos.

Largos años duró el sangriento batallar, Avanzaban y retrocedían ambos ejércitos combatientes á compás de los respectivos triunfos y vencimientos.

Pero no podía continuar aquella espantosa carnicería humana. Las tribus viéronse horriblemente mercedas en uno y otro país. Tantos héroes, tantos muertos. ¡Triste heroísmo, que pide morir!

Las cabañas estaban llenas de dolor y en los campos todo era esterilidad y silencio.

La peste y el hambre extendían su grito de dolor trágico á lo largo del desgraciado Reino.

Al fin se hizo la paz.

Ante desolación tan grande, el Monarca lloró de nuevo. Y otra vez pensó en la necesidad de engrandecer su pueblo. ¿A quién llamar?

Habiéronle de un viejo tenido en olor de sabio, un pobre hombre que vivía solo con su perro.

—Traedlo [ordenó el Monarca].

Grave, sereno, altivo el continente, presentóse el viejo ante los cortesanos asombrados.

—Quiero tus consejos.

—Humilde soy, señor.

—Sabio cuentan que eres.

—Nada tengo de sabio. Solamente he aprendido á vivir.

—¿Sois feliz?

—Lo soy.

—Quiero que lo sea mi pueblo.

Enséñame el camino de conseguirlo.

—Hay que buscar, señor, en la misma vida el sentido de vivir.

—¿Cómo?

—Conoced cómo vive vuestro pueblo y habreis aprendido á hacerlo grande.

—Lo conoceré.

—Para que vuestro lujo no asuste la humildad de los humildes, corred vuestros dominios como cualquier vasallo.

—Partamos. Dame compañía como me diste consejo.

—Con llaneza y respeto soy á vuestro servicio.

Salieron un día. En guisa de aldeanos humildes anduvieron á

Librería de ANTONIO LEHMANN, SAN JOSÉ

pie largas jornadas por penosos caminos.

—Enséñame tu ciencia.

—Son breves máximas.

—Pues dilas.

Unas veces el viejo repetía:

—La misma vida enseña á vivir.

Otras era.

—El trabajo en la paz engrandece los pueblos.

También decía:

—Son felices los humildes.

Caminaron sin descanso, en la primera jornada, á la vera de un río y después por la senda de un monte.

En lo alto, en medio de un bosque hermoso encontraron un leñador que con el hacha hendía un añoso tronco.

—Merece pena; destruye—dijo el Monarca.

—Señor, ejerce su oficio—repuso el sabio.—Es más útil á la vida de vuestro reino ese hombre tan humilde, que el más ilustre patricio de vuestra Corte. Los oficios son útiles, necesarios. . . .

—¿Por qué?

—Porque son el trabajo fecundo, Y es bien mirar cómo las necesidades humanas, de un modo inexorable impuestas por la Naturaleza á Reyes poderosos y á humildes cabreros, que tanto monta, hallan en la labor obscura de este hombre remedio pronto.

Y siguieron adelante, caminan-

do siempre. Ya iba declinando la tarde, al tramontar el sol las altas cumbres distantes, cuando alcanzaron á ver en la lejanía las blancas tapias de un caserío enclavado en medio de la arboleda pomposa de las huertas, y destacándose de entre el verdor apacible de los campos en flor.

Un cabrero, á lo largo de una vereda, marchaba tras el hato, que hacía sonar sus esquilas melancólicas en el silencio amable del ocaso. En un predio, un aldeano recio abría los surcos en el seno de la tierra removida, que olía acre y húmeda.

—¿Qué son?

—Labriegos. Sacan le la entraña de la tierra todo el oro que paga vuestro esplendor cortesano.

—¿Oro?

—Señor, sí. Esa humilde gente que véis laborando el campo, es la única base de la grandeza vuestra. Con sudor sirven al amor que debéis poner en servirles. La tierra es vuestra, pero el trabajo es de ellos.

—Os digo que serán mis predilectos vasallos.

—No es merced; será justicia.

Pan y calor hallaron aquella noche los andariegos en el pobre caserío. A la mañana siguiente partieron, no tardando en llegar á la Corte, donde el límite del mar cortaba ya el camino. Desde la

playa miraron cómo un navío, á golpe de los grandes remos y con la vela tendida al viento, marchaba hacia la lejanía inexcusable de las aguas, desiertas y azules.

—Allí van los más grandes conquistadores que tenéis en vuestros reinos.

—¿Acaso desertan mis caudillos?

—Son modestos mercaderes. No van á derramar sangre en países distantes. Sin medios de violencia, en amigables transacciones traen á vuestros dominios montones de oro.

—Basta. Me has enseñado mucho, sabio mentor; el más sabio de todos cuantos á mi consejo estuvieron. Sé dónde está el esplendor futuro de mi reino; un reino grande, feliz; contento en el trabajo, próspero en la paz.

—Señor, nada aprendí en los libros; todo me lo enseñó la vida, maestro sin par.

—Pídeme merced.

—Nada quiero.

—¿Por qué?

—Ya conocéis mi máxima: la mayor grandeza es la grandeza de los humildes.

—En verdad, eres sabio.

Angel Guerra

GACETILLAS

Bodas

El 14 de los corrientes unirán su suerte dos de nuestros buenos amigos, dos jóvenes virtuosos y dotados de todas las cualidades para recorrer con felicidad, en dulcísima compañía, la ruta de esta vida que no es sino la preparatoria entrada de la de ultratumba.

Don Silvestre Solís León, el talentoso químico toma la mano de la bella y modesta señorita Josefina Rojas y la lleva con fe y valor al campo de la vida, á buscar la dicha serena del hogar cristiano.

Estamos seguros que la encontrarán.

Pésame

Muy sentido se lo damos á la estimable familia de la señorita María Luisa Bonilla B., muerta recientemente en plena juventud y cuyo entierro produjo en esta sociedad una honda manifestación de duelo. Sus exequias se verificaron en la Iglesia del Carmen y á ellas invitó la muy estimable señora doña Adela González v. de Bonilla madre política de la extinta, á quien crió y educó como si hubiera sido su propia hija.

Perfecto Vargas

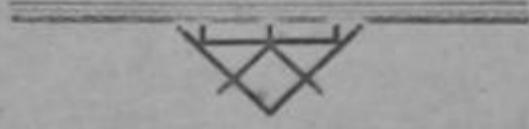
Sentimos la enfermedad que aqueja á nuestro excelente amigo don Nararjo y le deseamos pronto su tablecimiento.

JARABE

— DE —

TABONUCO

AL GUAYACOL



La mejor preparación hasta ahora conocida en que entra como principio activo al Guayacol. Ha tenido ya el honor de ser imitado por otras casas.

Cura radicalmente las afecciones pulmonares: Tisis pulmonar. Catarro. Tos. Consunción. Ronqueras.

Se devuelve el dinero si no cura.

CERVECERIA

TRAUBE

LAGER BIER

CERVEZA NEGRA MARCA "ESTRELLA"

BEST STOUT PORTER

Este establecimiento comercial debido á la calidad de sus artículos y la baratura de sus precios, es uno de los más visitados.



Surtido completo

LA SANTA CLARA

DE

MENA Y Hno.

EN EL MERCADO

Precios bajos



En la esquina noreste del Mercado; surtido de abarrotes, granos artículos de puipería; especialidad en puros de tabaco del General

DRINK

THE S. & C. LOW LABEL—FINEST.

GENUINE CEYLO TEA GENUINE

(In 1 or 1/2 lb. lead Packets)

IMPORTED BY.

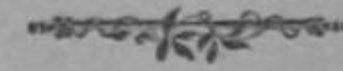
M. Narciso Esquivel

Importador del mejor y más sabroso

LEGÍTIMO TE DE CEILAN LEGÍTIMO

Cl. 2.00 Lb. En Paquetes de una ó media Libra. Cl. 2.00 Lb.

LA EDUCACION



Almacén internacionade útiles escolares

LIBRERIA, PAPELERIA Y ALMACÉN DE MÚSICA

Acabo de recibir gran surtido de cuadernos rayados y cuadriculados, tinteros de fantasía, baratos, hasta para vender á cinco céntimos cada uno, libretas, libros en blanco, papel fino en cajitas, plumas, portaplumas, lápices, borradores, cuerdas para violín y para guitarra, rosarios finos y baratos, medallitas finas para recuerdos de primera comunión, devocionarios, misales, breviarios, casullas y objetos para el culto, armoniums y completo surtido de tarjetas postales.

San José, Setiembre de 1905.

M. V. BLANCO

LUIS CRUZ

—DENTISTA—

—:0:—

Ha trasladado su Oficina Dental á la esquina frente al Mercado y de la tienda de don José Esquivel. Como siempre, ofrece allí sus servicios á sus numerosos clientes. Para sus trabajos cuenta con los útiles de última invención de oro y caucho, perfeccionados en la oficina del doctor Bartlett, que es la primera de New Orleans.

Opera gratis á los pobres.
Se habla inglés y francés.

OSCAR HERRERA

—ABOGADO—

—:0:—

Ha trasladado su oficina a 5º de los departamentos de las Arcadas, frente al Teatro Nacional.

Carlos M. Jiménez

Abogado y Notario

SALAT

EL MEJOR

Aceite puro de Oliva

deben usarlo todas las familias no solo para ensalada sino en la cocina; es mejor que la manteca, y más sano.

PIDASE EN TODAS PARTES

Dr. M. Zúñiga

Receta ahora en la BOTICA AMERICANA, frente al Carmen.

Horas de consulta... de 12 m á 4 p. m. En las demás horas se encontrará en su casa de habitación 50 varas al norte de la IMPRENTA NACIONAL.

Manuel Pasos y Arana

Abogado y Notario

Oficina abierta
en la ciudad de Putareñas

LA NACIONAL

Fábrica de tabacos y cigarrillos, premiada en la Exposición de San Luis de 1904 con medalla de bronce. En un local anexo á la fábrica hay de venta, por mayor y menor, café molido, harina de arroz de maíz y el reconstituyente gofio. 125 varas al Sur de la Botica Francesa.

J. FELIX GONZALEZ Y JORGE HERRERA

— ABOGADOS Y NOTARIOS —

Han establecido su oficina en la 2ª Avenida, Oeste, n.º 163. calle que va del Palacio de Justicia al Registro y Juzgados.

El Licenciado VICTOR TREJOS despachará en la misma oficina los viernes y sábados.

San José, octubre de 1905.